

# CONDICION HUMANA, LIBERTAD Y ESTADO

OG FRANCISCO LEME\* \*\*

El animal que usa corbata; el animal que consume remedios, el animal que ríe; el animal social; *homo sapiens*. Son algunas de las características que el hombre se ha atribuido a sí mismo, con la finalidad de diferenciarse de los demás animales. Ellas van desde la más dudosa modestia a la más convicta arrogancia. Todas ellas, sin embargo, tienen su pedacito de verdad, unas más que otras. Pero no es por el hecho de tomar remedios o ser “sabio”, o por saber reír, que el hombre adquiere su humanidad. Al contrario, es por su condición de hombre que aprende a usar corbata, a reír y a llorar. ¿De dónde proviene su humanidad, esa condición que efectivamente lo torna diferente del resto de animales?

Es verdad que el hombre ríe y, tal vez más importante aún, que sabe reírse de sí mismo, una característica que parece tener relación con la inteligencia y la conciencia. También es cierto que esa capacidad generalmente se alimenta de una enorme dosis de crueldad, pues gran parte, si no la mayoría, de los motivos de risa está más para la tragedia que para la comedia, lo que quiere decir que las comedias no dejan de ser, finalmente, trágicas, si no en los desenlaces, por lo menos en buena parte de sus argumentos o tramas. La base cruel de la risa constituye probablemente una de las manifestaciones más expresivas de la perplejidad del hombre ante su vida, que es, constitutiva y simultáneamente, neurótica y, en rigor, sin sentido.

Más específicamente, ella parece esquizofrénica frente a la necesidad que el hombre tiene de ser libre y, al mismo tiempo, de alienar parte de esa libertad al disponerse a vivir en sociedad, esto es, por la necesidad que enfrenta de conciliar el *ser solitario* —para ser libre— con el *ser solidario*, para vivir en sociedad. En realidad, en sociedad viven los hombres en estado de permanente y fundamental soledad junto a los otros hombres. Su vida, la vida de cada uno, es algo intransferible y que sólo puede ser vivida por él mismo, conforme nos lo enseña Ortega y Gasset. De este modo, vivir en sociedad es compartir soledades.

Por otro lado, es en rigor sin sentido, porque el hombre tiene plena conciencia de la muerte, pero en realidad ignora su significado, pues de ella —como de la vida— apenas tiene un concepto convencional y no un concepto científico. La risa es de las formas de que se vale el hombre para encarar su tragedia ontológica. Es esta la razón por la cual existe mucho de verdad cuando se dice que el hombre: “es el

\*Profesor universitario brasileño. Miembro del Consejo Consultivo del Instituto Liberal de Río de Janeiro y Director Ejecutivo del Consejo Nacional de Institutos Liberales del Brasil.

\*\*Este ensayo ha sido tomado de la revista “Ciencia Política” de Bogotá, N° 14, I trimestre de 1989.

animal que ríe” y, vale la pena que se agregue, “...que ríe de sí mismo”. A propósito, es sugestiva la situación en que el propio hombre coloca a la hiena —el otro animal que “ríe”—, al contar acerca de ella la conocida anécdota que, por ser tan vieja y notable, dejo de relatar, seguro de que el lector sabrá de qué estoy hablando. Refresco su memoria, por vía de las dudas, recordándole que el desenlace de la anécdota se liga al supuesto contrasentido que habría entre las “carcajadas” de la hiena y su trágica condición de sufrir un proceso de extinción, de disfrutar de ciclos sexuales efímeros y de alimentarse de carroñas. El autor de esa historia estaría posiblemente más próximo de la verdad si atribuyese coherencia a aquella carcajada, en lugar de atribuirle contradicción, pues, de la misma manera que el hombre, la hiena, si en verdad riese, probablemente lo haría frente a su propia tragedia.

La capacidad de reír y llorar implica la necesidad de colocarse en papeles y situaciones ajenos, competencia que se adquiere en la vida en sociedad, a través de la interacción con los otros seres humanos. Es razonable suponer, por consiguiente, que se trata de rasgo propio de la condición humana. Es decir, el hombre ríe porque es humano, y no lo contrario; es sólo después de ser socializado que ríe.

## EL ANIMAL SOCIAL

De la misma forma que existe un fondo de verdad en la afirmación de que “el hombre es el animal que ríe”, hay también razones para afirmar que él es el “animal social”. Pero hay razones igualmente fuertes para cuestionarse la afirmación. En primer lugar porque hay otros animales que viven en sociedades organizadas. Luego él sería “un animal social” y no “el animal social”; y éste no sería un rasgo diferenciador. Además de eso, el hombre tanto es un animal social, como, simultáneamente, es un animal en permanente insociabilidad. Es decir, el hombre tanto es social como es antisocial, siendo que esa ambivalencia del comportamiento constituye una característica mucho más identificadora de la condición humana que su frecuentemente alegada sociabilidad. Los insectos gregarios sí son animales “sociales”, y de ellos no conocemos nada comparable a la capacidad del hombre para ser antisocial.

Esa simultánea capacidad que posee el hombre de ser a la vez social y antisocial no es sólo una curiosidad. Se trata de un dato mucho más importante para los estudios de organización social, conforme procuraré demostrar más adelante. La sociabilidad del hombre es fruto de su interacción con los otros hombres, en sociedad. Por otro lado, su propensión a la antisociabilidad tal vez esté más relacionada a una condición “natural” (es decir, no social), innata, de fondo filogenético, y que lo conduce a empeñarse de manera tan fuerte en su autoafirmación. Si esto fuere cierto, el hombre socializado es necesariamente un ser esquizofrénico o por lo menos neurótico.

De las calificaciones que el hombre se atribuye, obviamente la más noble y sin duda la más pretenciosa es la de *homo sapiens*. Como en el caso de las calificaciones anteriores, ésta posee también su dosis de verdad y es probablemente la que más

se presta para el entendimiento de la condición humana, lo que no quiere decir que el hombre sea de hecho "sabio" o que no exhiba frecuentes señales de "poca inteligencia". Además de eso, él es inteligente en cuanto es emotivo, dos circunstancias que no siempre se concilian o convergen. Finalmente, junto con su inteligencia, y emoción, subsisten en él las fuentes (intactas desde el punto de vista anatómico-fisiológico) de sus instintos. El control y la censura de los estímulos emocionales e instintivos son frutos también de la vida societaria, y los grados de su eficacia son circunstancialmente variables, pero siempre incompletos. La vida comunitaria exige control de los impulsos instintivos y disciplina emocional, y existen buenos motivos para creer que la vida en las sociedades modernas (muchísimo más que en las del pasado) exige dosis apreciables de inteligencia, pues depende de la discusión y del entendimiento de sus miembros sobre sus problemas comunes. Para tal fin, es fundamental el papel de la educación, no sólo en su sentido más convencional, es decir, de transmisora de conocimientos, sino también en un sentido más amplio de adiestramiento de la voluntad con el propósito de superar instintos y emociones, preconceptos e intolerancia.

## LA DIMENSION HUMANA

¿Pero de dónde proviene la humanidad del hombre? ¿Qué torna al hombre realmente diferente de los otros animales?

Sigo la línea de pensamiento de Ortega y Gasset y Frank H. Knight, quienes evitan hablar de "naturaleza" humana, optando por la expresión "condición humana". Empleo "humanidad" del hombre en el mismo sentido en que ambos hablan de la "condición humana". La preferencia se debe al hecho de que el vocablo "naturaleza" subentiende enseguida innato, que ya viene "listo" con el individuo, además de invocar un carácter eleático, obviamente ajeno por completo a las características específicas del hombre en cuanto es producto circunstancial de la vida en sociedad e, igualmente, a su conformación cerebral y otros atributos anatomofisiológicos (por ejemplo, los órganos del habla, la boca, la laringe y la faringe).

Ortega y Gasset sentó de forma sintética y al mismo tiempo expresiva el origen del drama humano. Dice él, refiriéndose a la peculiaridad de la vida del hombre: "La vida nos es dada, pero no nos es dada lista". La frase se compone de dos partes; la primera, invocadora de la fatalidad, es común a todos los seres vivientes, y la segunda, condicionada por la libertad y la inseguridad, es exclusivamente del hombre.

Los otros animales son productos exclusivos de la fatalidad: pasado, presente y futuro les son dados, su programación genética y sus instintos guían su futuro en el nudo de las circunstancias de sus vidas. El hombre también llega a la vida en la primera clase o en la clase "turista" del "expreso" de la fatalidad, pues nace de determinados padres, con ciertos caracteres genéticos predeterminados, en algún lugar, en cierto momento histórico, en circunstancias específicas en cuanto a nivel de renta, educación y nivel social de los padres; nace blanco o negro, alto o bajo,

gordo o flaco, varón o hembra, etc. Pero es así como nace, producto de la fatalidad. De ahí en adelante, sin embargo, su vida, su futuro es algo a ser “criado” o “inventado” por él mismo, en ambientes de inseguridad. Si bien sea verdad afirmar que el futuro de cada uno depende de las circunstancias individuales del nacimiento, aún así ese suceder, esa ocurrencia individual va a depender también, y mucho, de las circunstancias y del desempeño personal. Ese venir a ser exige, como condición fundamental, libertad, es decir, ausencia de coerción.

Las exigencias fundamentales de cualquier sistema son obviamente las vitales, las que hablan respecto a la preservación y continuidad de la vida. El hombre, en cuanto sistema, no es la excepción: sus necesidades prioritarias derivan de su propia sobrevivencia. No obstante, superadas las necesidades primordiales, la auténtica necesidad del hombre, su proyecto de vida, habla de algo mucho menos prosaico que su subsistencia y mucho más complejo que ella: habla respecto a un deseable encuentro consigo mismo, habla respecto a su propia identidad: “¿quién soy yo?”. No es necesario que él informe a su propia conciencia de esa misión, pues la propia sociedad se encargará de impregnarlo de esa preocupación: “¿qué va a ser cuando crezca?”. Y le exige la respuesta, insistentemente. En realidad y en sana conciencia, no sabe cómo va a ser ni quién va a ser, aunque puede en general suponer que será negro o blanco, hombre o mujer, alto o bajo u otras características genéticamente transmisibles. Pero no es de eso, o no es sólo de eso, que estamos hablando. Lo que estamos en general preguntando es acerca del papel que *él representará* en la vida. Y él no sabe, y cuando mucho presiente alguna vocación, o reconoce algunas limitaciones. De hecho, en la preadolescencia, y ni siquiera en la adolescencia nadie sabe con certeza lo que vendrá a ser, y ni cómo físicamente, en rigor, será.

Si ese aventurero humano vive en sociedad, lo mínimo que se puede exigir de esa sociedad es que no entrase su aventura vital, que le concede luz verde para buscarse a sí mismo. Y le proporcione, en igualdad con sus hermanos de aventura, condiciones para la concepción de un proyecto de vida. Pero sobre todo que no lo inhiba. En otras palabras, la aventura de buscarse a sí mismo requiere libertad e igualdad a los ojos de la ley.

¿Qué significa buscarse a sí mismo, identificarse? La búsqueda de identidad es la búsqueda de diferencias individuales, y no de igualdad con sus pares. El dato que identifica a alguien en una repartición pública encargada de expedir certificados de identidad es aquello que más inequívocamente lo distingue de las demás personas: es su diferencia específica, sus huellas dactilares, de las cuales no existen dos iguales.

En consecuencia, la búsqueda de identidad es la búsqueda de diferencias, y la impresión digital es apenas una de ellas. La más sencilla, directa y fácil. Las diferencias fundamentales para cada uno de nosotros son las más difíciles y las que van a exigir coraje personal (el heroísmo de la autoafirmación), tolerancia social para con las diferencias de cada cual, mucho empeño y mucha suerte.

Al contrario de los otros animales, cuyos propósitos de vida son definidos

genéticamente, el hombre tiene propósitos personales de vida y su lucha se desdobra entre la definición de esos objetivos y la tentativa de realizarlos.

La sociedad tendrá que ser tolerante, comprensible. Pero será recompensada. Así nos lo enseña la historia: gran parte de los hechos que resultaron en lo que podría llamarse progreso se debió a la pertinacia, coraje y cierta dosis de excentricidad de algunas personas que corrieron el riesgo de creer en sus diferencias, en su peculiaridad de ver el mundo a su manera, enfrentando hostilidades, el ridículo e incluso la hoguera: Giordano Bruno, Galileo, Pasteur, Edison, Santos Dumont, Van Gogh, Mozart y tantos otros.

## LA CONDICION FUNDAMENTAL: LIBERTAD

El ideal liberal se orienta en el sentido de una sociedad en la cual esa búsqueda personal de la diferencia individual no exige heroísmo, lo que significa básicamente una sociedad libre, tolerante y no prejuiciosa; una sociedad que proporcione condiciones para el desarrollo personal.

Quien haya visto o leído la pieza teatral de Brecht sobre Galileo o asistió al filme en ella basado, recordará que ante el tribunal de la Inquisición, el maestro abjuró de su convicción científica a fin de preservar su propia vida. Criticado por su asistente quien, decepcionado por el comportamiento de Galileo, le dice en tono de amarga queja: "Pobre del país que no tiene héroes", Galileo le responde: "¡Errado! ¡Pobre del país que precisa de héroes!". Pues bien, nuevamente el maestro tenía razón y el tipo de país que no precisa de héroes es el país de los hombres libres. La libertad es el ambiente que la condición humana exige. Y lo exige sólo para que cada uno se encuentre a sí mismo (se identifique), pero también para que procese su humanización y desarrolle su potencial.

El proceso de socialización o humanización que transforma el individuo (entidad biológica) en persona (ser humano), introyectándole valores y patrones de comportamientos, lo lleva a desarrollar una conciencia y a imponerla sobre sus instintos, a asumir papeles, y finalmente, a transformarse en ser político. Ese proceso ocurre cuando individuos diferentes pasan a interactuar, a cooperar y competir y se ven, entonces, ante la necesidad de llegar a un acuerdo en relación a determinados *finés*, como también en torno a determinados *medios* para alcanzarlos. Se trata de un proceso espontáneo, libre y anónimo, que dispensa un plan o proyecto impuesto por alguien sobre los demás. No se trata de un proceso de descubrimiento, pues las soluciones no están ahí para ser encontradas, sino de un proceso de *invención* deliberadamente concebido *a priori*. De este tipo de operación surgieron el propio lenguaje humano, el dinero y la llamada "economía de mercado". La condición fundamental de ese proceso es la existencia de la libertad.

El proceso de humanización presupone contacto e interacción, es decir, acción social, vida societaria. Pero no se trata de cualquier contacto ni de cualquier interacción. Se trata de un contacto a través del lenguaje simbólico complejo que es la lengua humana, un tipo de intercomunicación o intercambio que requiere de un

equipo cerebral especial y determinadas condiciones anatomofisiológicas del aparato del habla. Ese conjunto sofisticado de órganos y funciones que da origen al habla humana posibilita también el desarrollo de un tipo "superior" de memoria, con enorme capacidad para registrar datos e informaciones.

Ese poderoso equipo intelectual y de memoria y esa aptitud para el lenguaje simbólico complejo da origen a la conciencia. No hay conciencia sin memoria, ni memoria sin el tipo de lenguaje que caracteriza la especie humana.

La consecuencia que de ahí dimana es de extraordinaria importancia para la comprensión de la condición humana. Está caracterizada por el hecho de que el hombre tiene conciencia; pero aun el hombre tiene conciencia de tener conciencia. Está, por tanto, inexorablemente condenado o destinado a ser ético.

Los animales no disponen de una conciencia o, por lo menos, no de una conciencia comparable a la del hombre, pues la memoria de esos otros animales sólo les permite *tener un pasado*, una "remembranza" acrítica y pasiva de eventos anteriores. El hombre, gracias a su inteligencia, a su memoria y a su lenguaje y su conciencia, posee más que un pasado; tiene un pasado consciente, crítico, activo; es decir, el hombre tiene una *historia*.

La afirmación de Ortega y Gasset de que "el hombre no tiene una naturaleza, sino una historia" derivó del reconocimiento de esa diferencia fundamental y también del carácter esencialmente mutable de la vida humana. Con su iluminada sabiduría, el pensador español vislumbra la mutación como condición de la vida, cuando no del progreso, de la vida humana. Nos llama la atención en torno al hecho de que el hombre no es sólo ser variable, sino ser que crece, que progresa, tal vez para mejor. Si es para mejor o no, sólo lo sabemos *a posteriori*, con base en su historia personal. Pero el carácter progresivo de la vida puede ser afirmado *a priori*. El cambio, entonces, es la propia substancia de la vida humana y, así, muy diferente del concepto eleático de naturaleza.

Ortega y Gasset lleva aún más lejos las consecuencias de aquella diferencia: "El hombre no es, sino que va siendo(...). Ese ir siendo es lo que, sin absurdo, llamamos vivir". Frente a las circunstancias de su vida, el hombre tiene que escoger, hacer opciones, decidir entre alternativas. Puede dejar de vivir, pero al hacerlo está obligado a escoger y, de esta manera, va construyendo su propia vida. Por tanto, dice Ortega y Gasset, el hombre es necesariamente libre, pues carece de identidad constitutiva, esto es, el hombre es mera potencia para ser, y el que se hace a sí mismo ante sus circunstancias. El hombre es constitutivamente libre en potencial; a esa afirmación podemos adicionar que, entonces, la realización de su proyecto de vida va a depender de la libertad de que efectivamente disponga.

Retomando la observación de algunos párrafos atrás, acerca de la conciencia como rasgo distintivo de la condición humana, es oportuno decir lo que entiendo, para los efectos del asunto en discusión, por conciencia. Es autopercepción simultánea de la identidad sociocultural de la persona y de su propia identidad individual. Es, por tanto, la noción doble de *igualdad* (las socioculturales) y *diferencias* (las personales); es el sentirse al mismo tiempo *solidario* y *solitario*.

Una vez más nos detenemos ante el aspecto esquizofrénico de la condición humana y que supuestamente no existe entre el resto de animales.

Conciencia y percepción simultánea de sí mismo y de los otros; es compromiso de lealtad dividido entre los intereses personales y las restricciones que a ellos impone la comunidad o, mejor tal vez, la cultura que nos acoge. No implica necesariamente la condición que el sujeto perciba de manera explícita esa situación de conflicto potencial entre dos polos de compromisos, pero significa siempre la posibilidad de que ese conflicto latente se transforme en manifiesto en lo cotidiano del sujeto y de ser por él sentido. Cuando se dice que alguien es consciente, se le imputa al sujeto de la acción la percepción íntima de que él "sabe" lo que hace frente a las circunstancias, es decir, en consonancia relativa con sus impulsos, valores e intereses (es decir, lealtad para consigo) y respeto a los límites impuestos por la sociedad. Tener conciencia, en consecuencia, es saber navegar entre derechos (los derechos de buscarse a sí mismo) y obligaciones (las obligaciones relativas al respeto de los derechos ajenos). Conciencia, por tanto, de ese punto de vista comportamental, es la propia esencia de la convivencia social, es decir, la esquizofrénica necesidad de compatibilizar el ser del yo con el ser de los otros. Conciencia es, entonces, civilidad, esa incómoda necesidad de disciplinar los anhelos personales frente a los límites que la sociedad impone.

## ESTADO Y LIBERTAD

¿Qué límites son esos?, ¿cuánto exigen de aquellos anhelos? Las respuestas emanan del cuadro de las obligaciones, es decir, de las restricciones que las normas generales de organización y comportamiento impongan a los ciudadanos.

En una sociedad de comejenes, de hormigas o de abejas, el problema no existe, pues ya fue previamente resuelto y consta de una programación genética adecuadamente situada para ser instintivamente obedecida. El esquema funciona efectivamente; nunca se ha sabido de reclamos o de actos de indisciplina o insubordinación en esas sociedades.

En una sociedad tiránica, autoritaria, dictatorial, despótica o absolutista, el problema está resuelto también, por lo menos en cuanto perdurare ese ejercicio exacerbado del poder. Los límites a los anhelos individuales son aquellos que los detentores del poder determinen. Es decir, los detentores del poder (y, por extensión, esa sociedad) son libres y soberanos para decidir lo que cada uno puede hacer de su propia vida. Esa solución viene funcionando hace setenta años en la Unión Soviética. Uno de los problemas más interesantes de nuestros días es exactamente el de saber por cuántos años más ese tipo de solución se mantendrá.

¿Y en una sociedad de seres humanos libres? Ese es nuestro problema, el problema actual. El problema esencial de la sociedad moderna es el de encontrar medios para que los límites a los anhelos individuales sean democráticamente establecidos por la libre interacción de los miembros de la sociedad, y lo sean de forma tal que el costo de la privación individual sea minimizado.

Es parte del drama humano la obligación inexcusable que tiene el hombre de convivir con varias antinomias. Aquí mismo nos encontramos ante una de ellas: el hombre, para ser humano, necesita convivir con sus pares; pero para confirmar su humanidad necesita de libertad. Para ser humano tiene que luchar por la preservación de su libertad, en el mayor grado posible.

Pocos párrafos atrás, decía que no es cualquier tipo de contacto e interacción que lleva a la humanización. Normalmente el proceso se da a través del uso del lenguaje simbólico complejo. Se da también a través de un sistema de relaciones que es simultáneamente cooperativo y competitivo, es decir, fundamentalmente conflictuante en su propio origen, porque los agentes son diferenciados, tienen propósitos propios y desiguales y, para tornar la situación aún más delicada, son egoístas en el sentido de que luchan por sus intereses particulares. Eso nos conduce a la génesis de los problemas políticos que, por ser inexistentes entre los otros animales, constituyen una característica más específica de la condición humana. El cuadro político esbozado estará algo más claro para el lector, si éste tuviere en cuenta que una forma que el hombre halló para conciliar la contradicción entre "vivir en libertad" y al mismo tiempo "convivir en sociedad" fue la creación del Estado, una entidad superior a cada uno y a todos los miembros de la comunidad y que, por delegación universal, debe velar porque la libertad (los derechos) de cada persona termine donde se inicie la libertad (los derechos) ajena.

Lamentablemente, por lo menos para aquellos que, como yo, son liberales, el ideal anarquista de la vida comunitaria sin gobierno parece imposible, porque habría la tendencia a la concentración acumulativa de las diferencias y, por tanto, del poder (los más fuertes tenderían a ser más fuertes) y, consecuentemente, la sustitución de un sistema basado en la libertad por algún régimen tiránico. El liberal, por tanto, se contenta con defender rigurosos límites para la jurisdicción del Estado, después de reconocer, con resignación, que él es un mal necesario. Pero que sea, entonces, el menor posible: cuanto menos Estado, mejor.

Surge aquí, entonces, una antinomia más: entre el Estado (concentración del poder) y la libertad. A fin de evitar que las diferencias y la tendencia natural de cada uno resulte en la acumulación de esas diferencias y, por tanto, en la concentración de poder, el proceso social anónimo generó la institución del Estado, con la capacidad de formalizar las normas de conducta generales y administrarlas, encargado de hacer lo que particulares, en estado de libertad total, no podían hacer o sólo harían a costos demasiado elevados. Acontece que el Estado, entonces, constituido y dotado de poder coercitivo, es un sistema, y en tal condición adquiere "vida propia". Y es propio de la vida de cualquier sistema sobrevivir y, de ser posible, crecer. Pues los Estados han subsistido y crecido. Pero los Estados, para crecer, se nutren, necesaria y suficientemente, de un alimento: la libertad de los ciudadanos que lo crearon. El crecimiento de los Estados, entonces, ha resultado, en contrapartida, en la restricción de las libertades individuales. El costo ha sido la alienación de la condición humana y el propio futuro del hombre.

En síntesis, para ser humano, el hombre precisa de la convivencia con otros hombres. La preservación de la propia libertad, a su vez, requiere un ordenamiento social, para cuya formalización y administración se crea el Estado que, por



constituir una elevada dosis de concentración de poder y, en consecuencia, significar amenaza a la libertad de los ciudadanos, debe ser contenido. En otras palabras, es indispensable la existencia de *orden*; el problema está en saber qué *tipo* de orden y qué *cantidad* de orden.

## LA ORGANIZACION SOCIAL

La tradición analítica aún vigente en las ciencias sociales que conduce a la especialización y de la cual resultaron disciplinas “autónomas” —por ejemplo, sociología, ciencia política, economía y la interdisciplinar “ciencia” de la administración— nos conduce a una visión necesariamente parcial del hombre y de la sociedad. Como generalmente ocurre con otras cosas, de esa tendencia derivaron algunos beneficios y algunas desventajas. Los beneficios han sido el resultado de la profundización en las respectivas áreas de investigación, mientras las desventajas derivan de la desatención como de otros aspectos igualmente importantes, pero que por pertenecer a otras áreas del conocimiento tienden a ser disciplinariamente ignorados o relegados a planos inferiores de atención. Procuraré, a continuación, considerar el problema de la organización social desde el punto de vista social, político, económico y administrativo, en la esperanza de que sus elementos constitutivos salgan a la superficie.

No hay conciencia sin memoria. Memoria es pasado acumulado, es el almacenamiento de eventos pretéritos. Conciencia es la percepción íntima, es decir, por parte de cada persona, de su identidad sociocultural y de su propia identidad particular. Conciencia es, por tanto y simultáneamente, la doble percepción de algo mayor (que trasciende a la persona), de que se es parte, y de algo menor (pero quizá más importante) que es la percepción de sí mismo. Y percepción de sí es el reconocimiento de las propias diferencias individuales, de aquellas cosas que identifican a la persona, al paso que la percepción del todo es la percepción de algo que le es exterior y que es el producto de la acción de los “otros”, pero con los cuales la persona es solidaria. Pero los “otros” son diferentes, de modo que la identidad cultural implica la solidaridad con las diferencias que, no obstante, generan algo común de lo que participa esa persona, y que es la cultura común a todos. La solidaridad para consigo mismo, después la consagración de la identidad personal, es solidaridad para con las diferencias personales que no son las diferencias de los otros, que es algo propio al individuo, en su dramática soledad. Conciencia, por tanto, es promiscuidad y recato. La reconciliación se hace por la percepción colectiva de que, a despecho de las diferencias individuales, hay un conjunto de cosas comunes. Cuando la percepción de esa base cultural se procesa, nace la sociedad, nace la nación. Y, eventualmente, nace el Estado, que es la formalización de esa sociedad, la organización jurídica de la Nación.

Pero, al crearse el Estado, se le concede poder coercitivo sobre todos. ¿Cuál es la justificación para, en sana conciencia, concedérsele tanto poder, es decir, para deliberadamente abrírsele la mano de parte de la libertad personal? La razón deriva de la amenaza mayor aún de, sin Estado, cada individuo verse en la contingencia de ceder más libertad.

Sin la creación del Estado, es decir, en una situación de anarquía, alguien o una minoría acabaría por dominar a los demás ciudadanos. Además, hay ciertos problemas que sólo a un costo demasiado elevado para la comunidad serían solucionados sin la intervención del Estado. De dos males, el menor: es más conveniente ceder un poco de la libertad personal y pagar un precio menor por la solución de algunos problemas comunes, que incurrir en costos mucho más elevados, tanto personales como sociales, y de los cuales lo más importante es justamente la pérdida de libertad.

En otras palabras, vivir en sociedad acarrea costos: polución y dependencia. Pero el costo mayor es la pérdida de cierto grado de libertad. Mas la vida en sociedad posee beneficios también, y muchos. Es la relación entre esos costos y beneficios que debe revelar a cada ciudadano si está valiendo la pena la convivencia social, especialmente en el caso de tratarse de un ciudadano liberal, para quien no tiene sentido vivir sin libertad.

## ESTADO LIBERAL Y ESTADO AUTORITARIO

La diferencia fundamental entre colectivistas e individualistas reside en la identificación del sujeto de la libertad. Tanto colectivistas y socialistas como individualistas y liberales se declaran amantes de la libertad, de la democracia, del ideal de concederse a todos oportunidad de acceso a las ventajas de la vida comunitaria. La diferencia fundamental entre ellos deriva del hecho de que los colectivistas y socialistas identifican el Estado como el sujeto de la libertad, al paso que los individualistas y liberales colocan ese sujeto en la piel del individuo, en la piel de cada persona. De ahí la enorme diferencia que hay entre estas dos expresiones: *sociedad libre* y una *sociedad de individuos libres*. En el primer caso, el énfasis es en el Estado y, por tanto, es la voluntad y la acción de él que deben ser libres; en esas circunstancias los individuos se subordinan al Estado, a sus objetivos "superiores". En el segundo caso, al contrario, el énfasis recae sobre los individuos y, en consecuencia, es la voluntad y la acción individuales las que se imponen y a ellas se subordina el Estado como instrumento, a quien le incumbe celar por el orden social, la libertad, la justicia y la seguridad de los individuos.

Los Estados autoritarios contemporáneos —Unión Soviética y satélites— insisten en que son libres, soberanos y democráticos. De hecho, puede ser que sean libres y soberanos y democráticos; pero los individuos que componen esas respectivas naciones no lo son. Por otro lado, puede ser que sean democráticos a su manera, si por democracias se entiende el proceso representativo y electivo realizado en el seno de un partido único que detenta el monopolio del poder.

El Estado liberal es sólo un expediente para asegurar un ambiente compatible con la realización de los propósitos individuales. Es una institución al servicio de los miembros de la sociedad. El Estado no-liberal se caracteriza por la inversión de ese orden; pues los miembros de la comunidad están a su servicio; los propósitos individuales se subordinan a los propósitos del Estado.